

ADIOS, SR. THANT

LAS condenas más graves de la intervención de Estados Unidos en el Vietnam se han producido en una misma jornada. El 1 de septiembre, el secretario general de las Naciones Unidas, U Thant, ha anunciado su dimisión como consecuencia de su incapacidad de detener el mecanismo de la escalada: «Asistimos —dice en su carta— a una repetición del error trágico que consiste en acudir a la fuerza y a los medios militares en una ilusoria busca de la paz». El mismo día, en Phnom Penh, capital de Camboya, a unos cuantos kilómetros de las zonas de combate, el general De Gaulle pronunciaba un discurso excepcionalmente severo. «Podía haber sido peor», decía al día siguiente un editorial en el «Washington Post». Pero difícilmente puede imaginarse algo peor por parte del jefe de un Estado occidental, y aun aliado de Estados Unidos, que culpar a éstos enteramente del desarrollo de la guerra, negar cualquier justificación a sus actos militares y asumir los puntos de vista de sus enemigos —retrada de fuerzas americanas, neutralización, reconocimiento del F.N.L.—, para los que no ha tenido la más leve palabra de condena o de reproche. Se dice estos días que los actos de U Thant y del general De Gaulle no tienen precedentes. Todo tiene precedentes. La actitud de U Thant y la consiguiente crisis de la ONU no deja de recordar los angustiosos días en la Sociedad de Naciones de Ginebra en los

que se veía que los actos de expansión y dominio de la Alemania de Hitler conducían inevitablemente a una guerra mundial, ante la impotencia del organismo creado para conservar y mantener la paz. Para buscar precedentes al discurso del Presidente de la República Francesa no hay que ir muy lejos: hace apenas un puñado de años los dirigentes de Estados Unidos condenaban las guerras francesas en Indochina y en Argelia; hace diez años contenían seca y duramente su aventura militar en Egipto (crisis de Suez).

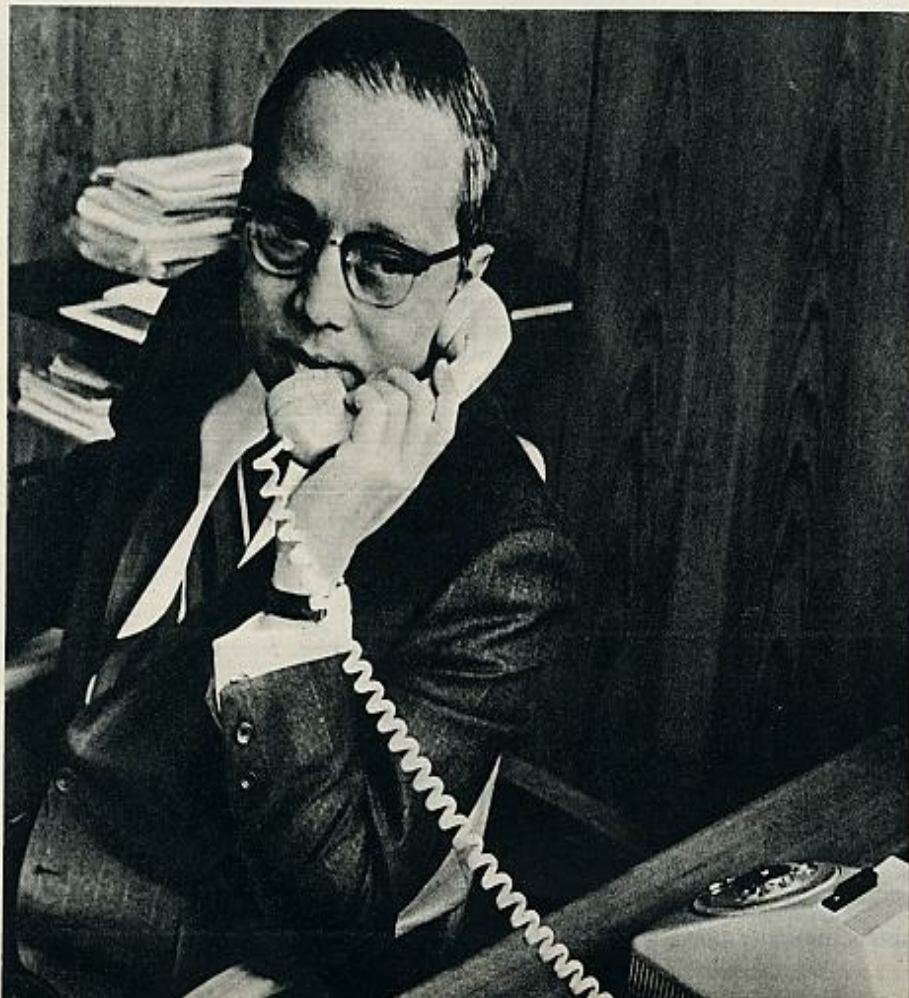
LA dimisión de Thant reviste una gravedad excepcional. Se puede buscar alguna vaga motivación personal a su dimisión. Asiático (birmano), budista, puede sentir quizá mejor que personas de otro origen la crueldad de una guerra en el Vietnam. Dejando aparte este fondo escasamente significativo, puede decirse sin ninguna duda que Thant, en los cinco años escasos en que ha ejercido su cargo —desde el 1 de noviembre de 1961—, ha conseguido una fama universal de hombre íntegro, que ha situado el servicio a la paz por encima de sus posibles ideologías personales, que ha conseguido objetivarse hasta el punto de que el anuncio de su dimisión ha causado un enorme malestar en el mundo y ha sido solicitado por todos —desde el Papa a los países comunistas, desde el tercer mundo hasta los propios Estados Unidos— para que volviese atrás

Por Eduardo Haro Tecglen

de su decisión. La condena moral de la opinión pública contra la escalada no podía tener mejor portavoz que esta dimisión. Pero, al mismo tiempo, tiene un significado más grave todavía. Expresa que el hombre que, por su cargo, conoce mejor los mecanismos y los resortes de la política mundial, cree ya que la paz es imposible. Las declaraciones pesimistas de U Thant en los últimos tiempos han tenido este corolario. Hace poco más de un año aseguraba que el día en que creyese que no podía ya hacer nada en favor de la paz pediría al Consejo de Seguridad que le nombrase un sucesor. Acaba de hacerlo así.

SECUNDARIAMENTE, la dimisión de U Thant abre una crisis grave en la ONU precisamente en el momento en que es más preciso fortalecer al organismo internacional, tan discutido. Existe ya una serie de fundamentos de crisis. Uno de ellos es la situación financiera, aunque Thant dice en su testamento político que ahora hay menos crisis, menos ansiedad, con respecto al funcionamiento económico de la Organización —y lo dice así probablemente para que no se confundan con otras verdaderas causas de su dimisión—. La falta de representación de China, la ineficacia de las conversaciones de desarme, el teorismo de la Asamblea General, son otros elementos de crisis. El fundamental es que estando concebida la ONU como una organización dominada por los Estados Unidos, por su filosofía política y por su técnica de organización, inventada para gozar siempre de una mayoría de votos proamericanos, el mundo ha caminado en estos veinte años en un sentido contrario a la hegemonía de los Estados Unidos y la maquinaria de la ONU se ha desajustado, falta de los necesarios reajustes. No quiere decir esto que su balance sea negativo. «La ONU es un marco de negociaciones y una tribuna que permite dirigirse a la opinión mundial —en la medida en que ésta existe— e influir en los Estados cuya posición no ha sido aún determinada», decía Paul Reuter. Para De Seynes, «ha combinado el uso espectacular del debate público con el trabajo paciente de comités restringidos, la organización de misiones de expertos, el concurso de personalidades que gozan de prestigio internacional, las conversaciones privadas bajo la égida del secretario general». Pierre Gerbet dice que si «los problemas rebotan de sesión en sesión, incluso si no se toma ninguna decisión, la simple inscripción en el orden del día o incluso la amenaza de inscripción constituyen ya una acción política no despreciable». El ilustre profesor Jiménez de Parga dice con más rotundidad que el balance de estos veinte años es extraordinariamente positivo. Ninguna otra institución —en toda la historia conocida— hizo tanto en favor de la paz. Se podrá discutir sobre la oportunidad o el acierto de resoluciones concretas, se podrá disentir de la estructura dada a determinadas piezas del complejo de la Organización. La ONU no es perfecta ni ha actuado siempre de manera óptima. Sin embargo, ahí quedan —como haber de las Naciones Unidas— estos cuatro lustros de mejor entendimiento entre las naciones, con una fe universal creciente en los derechos fundamentales del hombre, con indiscutible progreso social y una elevación del nivel de vida dentro del concepto más amplio de la libertad» (Cuadernos para el diálogo, núms. 33-34). Sabemos, en efecto, lo que no ha hecho la ONU, en aquello en que ha fallado la ONU; pero no nos damos bien cuenta de lo que

U Thant, secretario general de las Naciones Unidas, ha dimitido: «Asistimos a una repetición del error trágico, que consiste en acudir a la fuerza y a los medios militares en una ilusoria busca de la paz».





De Gaulle, en Camboya. El general ha seguido una escalada, una agresión verbal creciente. Los términos de su discurso han sido de una severidad inusitada.

hubiera podido ocurrir sin la existencia de la ONU. La dimisión de U Thant parece una condena inapelable a la eficacia de la ONU: se va porque la ONU no puede ya asegurar la paz. Pero hay que tener en cuenta que la dimisión de U Thant se hace dentro del marco de la ONU; simboliza que si la Organización no tiene posibilidad, aherrojada por la preponderancia americana, de condenar una actitud de fuerza, la condena mediante la inmolación de su secretario general. En definitiva, el budista U Thant es como un bonzo que elige un suicidio incruento, un suicidio político, para llamar la atención acerca de una situación de extrema gravedad.

EL cargo de secretario general ha ido creciendo en importancia a medida que han pasado los años. El primero, Trygve Lie, magnificó el cargo, rodeándolo de una gran importancia burocrática. En 1950 elaboró diez principios para la paz que, naturalmente, no fueron seguidos —uno de ellos requería una más justa representación de China—. Dag Hammarskjöld, al morir en misión en el Congo, dio un mártir al Secretariado. Antes se había mostrado como un gran político. Viajó por África ofreciendo la ayuda de la ONU a los países que buscaban fórmulas para su independencia, fue a China para resolver la situación de los prisioneros de la guerra de Corea, estableció las Naciones Unidas en Oriente Medio para evitar un conflicto mayor tras la crisis de Suez. Dag Hammarskjöld dio verdadero alcance político al cargo. El tercer secretario general de la historia de la ONU, U Thant, ha sido en realidad el primer neutralista, el primero que no ha tenido que plegarse a la hegemonía de Estados Unidos. Su actuación apenas nombrado durante la crisis del Caribe, luchando para evitar que la tensión entre Estados Unidos y la URSS se convirtiese en una guerra mundial, le calificó ya. U Thant había salido de un compromiso. La URSS había propuesto la desaparición del cargo de secretario general, creyendo que éste sería siempre, como lo había sido hasta entonces, un hombre designado por los Estados Unidos. Proponía como solución de compromiso la creación de lo que se llamó *troika*, o sea, un triunvirato: un representante de los Estados comunistas, otro de los neutros y un tercero del «bloque militar occidental»; se hubiese extendido el derecho de veto del Consejo de Seguridad al Secretario General. El problema más grave que se hubiese presentado —luego se ha visto— es que

ya ninguno de esos tres bloques es realmente un bloque, de forma que la elección de cada triunviro hubiese creado problemas difíciles. Finalmente, se hizo la unanimidad sobre el nombre de U Thant. No es preciso insistir en las dificultades que van a presentarse ahora para elegirle un sucesor. La nueva fuerza que ha adquirido el cargo hace aún más difícil su designación.

NO es posible, al hablar de la dimisión de U Thant, encontrar en ella más que razones de pureza. No ocurre lo mismo con el discurso del general De Gaulle. El mismo viaje del Presidente es ya una contradicción en sí mismo. Lanzado a condenar la presencia extranjera en un país que quiere establecer su propia independencia, llega de otro país —la Costa de los Somalis— donde su presencia ha provocado disturbios serios porque los habitantes quieren ser independientes de Francia. Condenando la posibilidad de un conflicto atómico, De Gaulle se dirige al Pacífico para ensayar su propia bomba atómica, después de negarse a aceptar algunas de las más serias iniciativas contra la guerra atómica de nuestros tiempos —el tratado de Moscú contra la prohibición de las pruebas nucleares, la conferencia de Ginebra contra la proliferación atómica—. Este conservador que asume las posiciones progresistas en el exterior y las niega en su país, este guerrero que niega la guerra, ofrece el espectáculo de una contradicción continua. Si se buscan sus motivaciones, se encuentran impurezas políticas. La actitud frente a los Estados Unidos es fruto, más que de una meditación, de un antiguo resentimiento histórico. A poco que se esarbe se encontrará que en el momento en que los Estados Unidos y la URSS se aproximaban en busca de una coexistencia, De Gaulle la sabotó enteramente y buscó una nueva alianza con la Alemania de Adenauer para deshacer el juego de los Estados Unidos; ahora que hay tirantía, y aun riesgo grave de guerra, De Gaulle aparece conciliador y coexistente, y precisamente se inclina hacia los enemigos de Estados Unidos. Entre esta motivación histórica y la pequeña motivación política de atraerse votos para las próximas elecciones, De Gaulle ha elegido un camino. Desde sus pequeñas rencillas con Kennedy hasta las graves acusaciones emitidas en Phnom Penh, el general ha seguido una escalada, una agresión verbal creciente. Los términos del discurso son de una severidad inusi-

tada, y es posible que traigan repercusiones importantes en las relaciones entre los dos países. Estas críticas a la pureza de sus motivaciones no implican crítica, es muy preciso aclararlo, al fondo de sus palabras. La advertencia de que hay un evidente riesgo para la paz mundial en la situación del Vietnam, la necesidad de que la paz se establezca sobre la base de un abandono de las fuerzas militares de Estados Unidos y la firma de un acuerdo político de neutralización, son justas aunque sean unilaterales. La seguridad de que Francia no se ligará a la posible extensión del conflicto tendrá que satisfacer a todos los franceses. En el supuesto de que Francia pudiera permanecer neutral en el caso de un conflicto extenso. Crea una inquietud considerable la idea de que toda esta política expresada hoy por De Gaulle pudiera invertirse en un segundo si se produjese la desaparición física del general, como se invirtió la política de Estados Unidos a la muerte de Kennedy.

LA dimisión de U Thant, el discurso de De Gaulle, ¿tendrán una repercusión eficaz en pro de la paz? Probablemente sí. No creo, personalmente, que vayan a influir en la actitud de los Estados Unidos, en la actitud oficial de la Casa Blanca, del Pentágono. Creo que he señalado ya que lo más inquietante de esta guerra es que se desarrolla en dos planos que, hasta ahora, no se encuentran: un plano de automatismo militar, la «escalada», que sigue su ritmo con la indiferencia de los «robots» y que se acerca cada vez más al punto de peligro máximo, y un plano humano en el cual la condena a la guerra es cada vez más importante. U Thant y De Gaulle van a influir ciertamente y de una manera muy importante en este último plano, en el cual se encuentra una gran parte de la opinión mundial y de la de Estados Unidos. Se aumentan así las posibilidades de que el automatismo de la escalada llegue a ser contenido por la presión contra los riesgos de guerra. La duda está en saber si es ya demasiado tarde, si los cerebros electrónicos del Pentágono han señalado ya los próximos objetivos de la escalada, si la movilización psicológica de las masas chinas se ha lanzado ya para no regresar más a un punto de apaciguamiento. En el balance de la situación, que es muy grave, las decisiones de U Thant y del general De Gaulle son bazas positivas en favor de la paz. E. H. T.